

una renta del Estado o de su mujer o media docena de títulos o una casa en Morón o un conventillo en Belgrano, ponen el grito en el cielo, ¿qué podemos hacer nosotros, que sólo tenemos el día y la noche, un cubierto de lata en el hospital y una franja de terreno en la Chacarita?

Si nos vamos a poner a gritar todos (los que reciben la paliza y los que la pegan), en vez de salvar lo poco que nos resta del edificio social, echaremos a perder hasta el úl-

timo ladrillo.

Advirtamos que Cristo predicaba la paz, y que "Criterio" y "Criterito" son partidarios de la guerra. De la guerra social y universal. Son más papistas que el papa.

Y señalemos, por fin, que algunos de los que colaboran en ambas publicaciones, pertenecieron primitivamente a "La Protesta". Parece ser que hubo un trasbordo de dinamita verbal de una cañonera ácrata a un submarino católico. No

se cambió de disco. No. Se cambió de fonógrafo...

Para salvar a los hombres hay que empezar por casa. Sólo el que se salva a sí mismo está en condiciones de salvar a los demás. Pero, no creemos que para salvar al mundo sea necesario insuaitar a todo el mundo.



## ROBERTO J. PAYRO

Payró era ante todo un hombre honrado. Parece poco; pero abundando en esta afirmación, vemos que tal título, negado para muchos en la hora presente, le daba derecho para erigirse en maestro de la juventud. Lo fué sin proponérselo. Hombres jóvenes de las más distintas tendencias le admiraban y querían. En "Babel", en un modesto número en su homenaje, expresaron en un lenguaje cálido, espontáneo y sincero, lo que pensaban del gran escritor, lo que sentían hacia el benévolo amigo. Había mucha emoción en esas páginas y el viejo luchador habrá encontrado en esa solidaridad con su persona y con su obra, alguna compensación a los sinsabores, ingratinidades y dolores de su vida.

Como psicólogo en la novela y el drama, como crítico y analista en el artículo, Payró fué maestro de la juventud por la seriedad con que encaraba el arte y la rectitud de su juicio. Era para todos un ejemplo de firmeza, de perseverancia en el bien, de natural modestia. Nunca nada ni nadie pudo torcer el curso natural de su

pensamiento. Si en contraria hora alguno de nosotros estuvo a punto de claudicar, estamos seguros de que el ejemplo de espíritus de temple como el de Payró, lo salvó.

Desde que se inicia en las letras fustiga enérgicamente la falta de ideales en el pueblo, los bajos deseos de lucro. A veces es cáusticamente irónico, a veces su tono es amargo y crudo. Detrás de estas preocupaciones morales se alza independiente de toda ideología el recio esqueleto de su obra artística, que lo hace el padre de la novela argentina.

Era un escritor bien nuestro. Siendo su obra por sus caracteres generales de interés mundial; nadie pintó con más acierto y originalidad nuestras costumbres. Es que en su obra no hay el convencionalismo vacío de los falsos nacionalistas. Es anti-gaucha a pesar del cariño que pone en la pintura del paisano. Sencillo de toda su sencillez, siendo un escritor costumbrista no explota tampoco el pintoresco caló que ulcera nuestro idioma. En su obra la pampa no es un producto literario; es la visión

inteligente y franca de las cosas y los hombres y la concepción artística del paisaje.

Payró compartía sus preocupaciones entre el arte y las cosas humanas; no vivía librescamente, palpitaba con todas las cuestiones del mundo. Acaso esta inquietud que era un excedente de generosidad, le llevó al periodismo. Y fué un periodista de verdad, de enorme cultura, de prosa ágil y clara, integro hasta la médula, desinteresado como ninguno.

Si fué padre de nuestra novela, con Florencio Sánchez inauguró entre nosotros el teatro de ideas, que aún hoy no tiene sucesor de veras.

Por todo esto y por lo que hubiera podido realizar si el periodismo no distrajera sus fuerzas, por tanta ingratitud e injusticia como sufrió en vida, es que volcamos íntegra nuestra admiración en el noble amigo desaparecido. Con nuestra admiración va nuestra pena. Porque quién conoció su obra, le admiró y le quiso, y quién le conoció, aumentó su admiración y su cariño.

*Leonidas Barletta*



## FILOSOFIA-POLITICA

### ESTADO PSIQUICO [MONARQUISTA

La democracia burguesa argentina, como otras del mundo, vive sustentada por un estado psíquico monárquico, expresado en la historia por variados acontecimientos de resonancia y en la realidad de la hora actual, por sus instituciones monárquicas o hijas de la monarquía.

La tradición monárquica argentina no es solamente prerrevolucionaria, sino post-revolucionaria. No sólo ha de buscarse en las escuálidas crónicas de la conquista sino también en los próceres que forjaron en el decimonono siglo, esa "libertad" sólo existente para la "liga patriótica" y demás fanáticos del orden.

Desde Moreno, Saavedra, Belgrano, Alvear abuelo, restauradores hipotéticos de monarquías cobrizas o blancas, hasta Alvear nieto y don Leopoldo Lugones, que en Febrero de 1928 se muestra partidario "personal" de la monarquía, una serie de personajes han aspirado a reyes.

No sólo el fenómeno puede descubrirse en aristocracias o élites intelectuales, sino también y principalmente en la burguesía argentina. El sentimiento total de ésta es monárquico.

Ese ensamblamiento de monarquía y burguesía era entre nosotros una prolongación de cuanto pasó en Europa.

Sabido es que la Revolución francesa no destruyó ni monarquía ni nobleza. La burguesía fué atraída y vencida por el prestigio tradicional de la nobleza cuyas raíces estaban en el feudalismo. Aquella, aún en la misma revolución, trató de imitarla. El espíritu servil de una clase llena de iniciativas y materialista, aspiraba a ser nobleza separándose del pueblo, y así después de una revolución que cortó cabezas coronadas, vino la restauración que levantó cabezas coronadas. Como no podía dejar de creerse en algo, el símbolo subsistió, devino cuestión de fe. Al rey le substituyó el presidente de la república. Como la democracia es la continuación de la monarquía, un presidente es el sucedáneo del rey. Los norteamericanos han puesto en manos de sus presidentes amplios poderes, envidiados por los reyes de la tierra. En la Argentina un presidente tiene también poderes regios durante seis años y conste que en la historia muchísimos reyes gobernaron menos de seis años...

A partir del siglo anterior se desarrolla patológicamente, un apetito de aristocracia en las clases adineradas, que por falta de tino no ha de realizarse nunca.

En las provincias unidas del Río de la Plata sucedió en pequeño cuanto en el Mediterráneo era moda. Pasada la revolución de Mayo (que para algún pensador no fué tal), los mismos revolucionarios trataron de imitar por herencia, educación, viajes, costumbres, las modas de las cortes europeas. Si en Francia la revolución restauró la monarquía, en América no se podía hacer un distinguo fundamental, entre las viejas colonias y las nuevas repúblicas. Así pasó el siglo XIX. La burguesía ganadera y directora era de sentimientos y costumbres monárquicas, salvo contadísimas excepciones.

Los valores sociales de la colonia no se habían destruido, permanecían intactos, como lo demostraron la fantohería y carnavaladas de los festejos del primer centenario argentino.

Simultáneamente se registraba en nuestras clases "cultas" y adineradas, una aspiración universal hacia la nobleza. Error fundamental, pues a la nobleza como clase, ya no se le puede ni vivificar, ni imitar y menos sus virtudes, pues ella pertenece a un ciclo histórico y épocas cumplidas. Sus valores cardinales, que le dieran auténtico prestigio y atributos memorables, los obtuvo en su empuje inicial, allá en la media edad, cuando el feudalismo fué cristiano y despreciador del dinero. A la nobleza lo único que se le podía copiar eran sus degeneraciones y vicios, y eso fué cuanto la burguesía sacó de su imitación grosera, pues el espíritu burgués creyó que con el dinero ya tenía la superioridad ansiada, sin contar que le faltaba lo demás...

En nuestro país, los grupos sociales en movimientos lentos se desplazaban, y si en la burguesía existía una tendencia universal a ser nobleza, en el proletariado palpitaba una tendencia universal a ser burguesía.

De que nuestros burgueses admiran a los nobles, es lugar común y no digo novedad ninguna.

"Nuestros" ministros, banqueros, directores de grandes periódicos, industriales, estancieros, latifundistas, viajan a

menudo por Europa y crecen tres palmos del suelo, cuando almuerzan con el duque tal; cuando les recibe en sus salones el conde Fulano de Italia o el grande de España, que a la postre les recibe por curiosidad ultramarina o por negocios. Este mal corroe igualmente a las profesiones liberales.

Aristócratas arruinados, emigrantes indeseables, llegados al país con sus pergaminos, encuentran fácil ubicación a su triste parasitismo en las esferas más altas de la burguesía.

Muchachas casaderas, cuyas arcas paternas encierran millones, emigran periódicamente a Francia, Italia, Suiza, etc., en busca de maridos con títulos nobiliarios y de buen olfato para bolsas repletas.

Los últimos presidentes argentinos fueron monarcas por todo, menos por la duración de su reinado. Es notorio que don Roque Sáenz Peña, ilustre enfermo, chiflado por el fausto de las cortes que visitara, estableció un protocolo, famosa copia fiel y exacta del inglés. Republicano con auténticas costumbres monárquicas! Otros como Alvear tienen poses imperiales y es público y conocido su monarquismo constitucional. Hasta Irigoyen, santón hierático, tiene los prestigios de un monarca y sus súbditos desde los que pontifican en la cámara de diputados de la nación, hasta los calchaquíes de Salta, le colocan en alabanzas y en todo, sobre un trono, no se sabe si después de Dios o en el lugar de Cristo. Irigoyen es un presidente de república con más poderes que un monarca y no sólo poderes que le concede la constitución, sino que le brinda el pueblo, renunciando con ello a su gran tradición de dignidad y de libertad.

De todas maneras, en la gran burguesía argentina (idem en los millonarios norteamericanos), existe un estado psíquico monárquico. En los yanquis más desarrollado todavía, pues el auge del dinero les ha permitido llamarse reyes (nueva imitación) del petróleo, acero, azúcar, azafrán, embutidos, etc., y todos les reconocen y rinden pleitesía como a tales.

Con el advenimiento de la democracia en Europa no se resolvió ninguno de los